

## ¿QUIÉN ME MANDARÍA LEVANTAR?

Shiva Castellanos Buedo

Sentía las gradas especialmente duras y candentes debajo de mis posaderas ese día. Aullaban pidiendo que me levantase. Pero el partido de tenis que estaba viendo merecía mi intenso dolor.

La verdad era que no estaba teniendo un buen día. Ya desde por la mañana, yendo a servirme el café, rompí la jarra de cristal de la cafetera, me quemé y me quedé sin café y con escozores en la zona dañada. Tuve que echar mano de mi ingenio y, con un cazo con agua y una media nueva, conseguí hacerme un café de puchero ¡Se solucionó!

La falda que me apetecía ponerme tenía el bajo del dobladillo descosido y no me apetecía ponerme a coserla. Mi estado de ánimo cayó un nuevo punto y pasé mi brazo por las prendas colgadas en el armario mientras iba desechándolas mentalmente. Nada me estimulaba para ponerme guapa. Al final me decidí por prendas que hicieran juego con mi estado: una falda negra de vuelo, una camiseta negra y los zapatos, bolso y cinto blancos. En aquel momento no conté con el terrible calor que asolaba Madrid. Confieso que no era un atuendo apropiado para asistir a un partido de tenis, mi humor tampoco.

Saqué el coche de casa y salí como alma que busca al diablo para recoger a mis amigas que también venían a ver el partido. Justo cuando me aproximaba a la casa de una de ellas, María, me llamó para decirme que Amparo, otra de las del grupo, estaba con ella, que había discutido con Fernando, su novio, y que no estaba de humor para salir, de hecho se escuchaba llorar de fondo a la susodicha Amparo con mucha pena. María, claro, me dijo que no quería dejar sola a la llorosa y que tampoco saldría. Así que di la vuelta con el vehículo y me dirigí hacia el pabellón.

Llegué a las puertas de entrada al recinto y cuál fue mi sorpresa cuando no encontré en mi bolso la entrada comprada por Internet hacía dos meses; se había quedado en el bolso del día anterior. Me puse loca de rabia, dando pasos hacía delante y atrás, mascullando maldiciones y jurando en arameo. Uno de los porteros que me miraba con curiosidad, debió comprender que era cierto y se apiadó de mí y muy bajito me preguntó: - ¿No tendrá usted el resguardo de Internet en la cartera? – No, sé, -le dije–, pero lo miro en un segundo. ¡Ahí estaba el resguardo! –Ande, démelo y pase y tranquila, que de esto no se muere.

¡Qué bien! Por fin el día me había dado algo positivo. Le di las gracias con mucho énfasis y casi me dieron ganas de plantarle un beso, pero me retuve no fuera que lo malinterpretara. Subí corriendo las escaleras porque el partido estaba a punto de comenzar. Las gradas estaban casi llenas y, como no tenía la entrada, pues tampoco sabía cuál era mi asiento, así que pensé: ¡A la mierda, me sentaré donde me apetezca y si está ocupado que me levanten!

Durante el primer tiempo de descanso, decidí aprovechar para bajar a los aseos y a comprarme una botella de agua fresca de un litro. Estaba seca y, cuando me levanté, me di cuenta de que podría sentarme más cerca de la pista porque había asientos vacíos. Tomé nota mental para cuando volviera dirigirme a esos asientos y salí al pasillo interior buscando el servicio de señoras, con tan mala pata que me equivoqué de puerta y me metí en la anterior, también de servicios, pero en la que ponía bien claro: ¡Privado, *no entrar personal no autorizado!* Lo había leído con los ojos, no con el cerebro. Una vez me encontré dentro de una antesala, escuché voces de mujeres, hablaban en tono muy alto, quedé inmóvil, dudé en entrar o salir, mientras el tiempo pasaba era inevitable escuchar la conversación.

- ¡Me da igual si estás embarazada o te duelen las rodillas! ¡Vas a salir y jugar ahí fuera y además vas a ganar este partido, de lo contrario te arrancaré los ojos con las uñas y te partiré las piernas! ¡Zorra, eso es lo que eres!

Unos segundos de pausa y se escucha la voz de la otra mujer decir.

- No quiero seguir jugando; deseo dejarlo y quiero tener este hijo; ya son veintinueve años, me puedo retirar con el honor de haber sido una campeona.

- ¡De eso *nasti de nasti!* Cuando termines la temporada te pierdes, mientras seguirás con la raqueta dando fuerte.

- ¡No, me iré mañana mismo! ¿Me oyes? Mañana ya no estaré aquí. No puedo más.
- ¡No me chilles, estúpida! Me lo debes todo, desgraciada e ingenua mujer.

Silencio de nuevo, una bofetada suena en el aire, gritos, roces de brazos con muebles o paredes me hacen estremecer, y por fin un trompazo y el sonido como de una rama seca que se partiera, hicieron que no pudiera reprimir una exclamación. Al parecer nadie me escuchó, así que seguí escuchando. - ¡Oh, Dios mío! Sara, lo siento mucho, ¿te encuentras bien? ¡Sara, Sara, abre los ojos, por favor ábrelos!. No quería empujarte de esa manera, me has obligado hacerlo. Me pones furiosa cuando me amenazas con romper mi equilibrio. ¡Tú público te espera, vamos! ¡Abre los ojos!

La situación iba cada vez más fea, salí de allí en el momento en el que los gritos de desesperación pedían socorro. Yo podía perfectamente llamar al 112, o a los guardias, pero sentí que las desgracias me perseguían ese día y corrí cinco pasos, para meterme en los verdaderos aseos públicos de señoras del pabellón. Había quince o más mujeres, unas haciendo cola y otras se lavaban, pintaban o sencillamente cotorreaban.

Disimulé mi angustia intentando preguntar: - ¿Están ocupados todos?

- Sí, todos –contestó una chica más joven que yo.

Comenzaron a sentirse los gritos, el correr de personas, pero a la gente del tocador nada parecía llamarle la atención. ¡Dios, cómo me alegraba de haber tomado esa decisión! No sé de qué manera, pero llegaron antes los operarios del pabellón que si yo hubiera gritado socorro.

El partido, obviamente, se canceló por la muerte de una participante. ¡Muerta! Pero si solo se había desmayado con el trompazo. Marché de allí a todo correr, me monté en el coche y volé hacía casa.

Una vez estaba en mi cuarto decidí no bajar y acostarme sin ni siquiera lavarme los dientes. El susto y la preocupación me pedían meterme bajo las sábanas. No quería pensar en cuál debía ser mi responsabilidad en cuanto a qué hacer.

A la mañana siguiente puse la TV, y la primera imagen que veo es la de mi vecina del número diecinueve ¡Aivá! –pensé– pero si es la señora de la última casa de mi calle. No tenía mayor confianza con ella, simplemente algún “buenos días” cuando nos cruzábamos por las calles, ni tampoco con ningún otro miembro de esa casa, pero me llamó la atención verla en la pantalla.

Yo llevaba viviendo en mi casa unos diez años y cuando me separé de mi marido, me dejó la vivienda. Se sentía culpable, tanto, que se compró una residencia en la paradisíaca Cartagena de Indias, Colombia, y contrajo matrimonio un mes después de separarnos con premura. Yo ya lo sabía, se tiraba seis y ocho meses trabajando fuera de España. ¡Normal! Ese fue el principal motivo de separación, claro... Menos mal que me juraba que no había más mujer que yo en su vida.

Volviendo al asunto de la aparición de mi vecina en la tele, después del asombro inicial decidí poner atención a lo que se decía de ella y, cuál no sería mi sorpresa al escuchar que había estado detenida por el asesinato de la tenista Camelia Santos. Resultaba que mi vecina era su entrenadora y según había declarado, había salido un momento al servicio y, cuando volvió, se la encontró muerta y fuertemente golpeada. Luego añadió que había visto salir, cuando ella llegaba, a un hombre joven. La policía no debió encontrar motivos que la hubieran llevado a cometer aquel asesinato y la habían dejado libre y sin cargos.

No podía ir a trabajar, mi cabeza bullía de indecisión. ¿La denunciaba o pasaba de complicarme la vida más? Seguro que la policía científica la acabaría descubriendo, me decía a mí misma para tratar de apaciguar mi conciencia.

A la semana siguiente, la vi paseando junto a su marido tranquilamente. La saludé y me metí en casa a toda prisa. Mis neuronas comenzaron a estresarse, ¿cómo podía pasearse tan tranquila después de lo que había hecho? Pero no podía delatarla. Primero, no sabía hasta qué punto la policía o los jueces me creerían. Podrían pensar que sólo era una loca más de las que salían en la tele en busca de sus quince minutos de gloria. Por otra parte, si la dejaban de nuevo en libertad, podría intentar matarme. Ya lo había hecho una vez

Descolgué el teléfono y esperé a escuchar los mensajes. Mi madre decía estar en el hospital con papá, le había dado un infarto. Acababa de recibir el martillazo muy acertado, el estrés desapareció o mis células se habían desmayado. El siguiente día lo pasé ausente, solo pensé en papá.

Unas semanas después mi padre, supuestamente recuperado, se puso a ver el partido Barcelona-Madrid. Ganó el Barcelona y papá murió de un segundo infarto. Dos meses después, mi madre y mi mente pretendían acabar conmigo.

Amparo, la que había discutido con el novio el famoso día del partido de tenis, se había reconciliado y vuelto a discutir de nuevo, hasta que un día se tiró de la ventana de la oficina, muerta de pena, y se fracturó las piernas, brazos, clavículas y mandíbula. La odié por su cobardía y me dije: ¡Ésta no saldrá del hospital en meses!

María, la consoladora de Amparo, se negaba a venir a casa porque, según decía, cada vez que venía a casa le dolía la cabeza. Mi vecina seguía paseando como si tal cosa y de la chica muerta apenas se volvió a hablar.

Un domingo, ya no pude aguantar más y, armándome de valor, me decidí a llamar a su puerta. Llamé al timbre, las piernas y casi todo el cuerpo me temblaban sin cesar. ¿Qué le iba a decir? Por si acaso no entraría en su casa, lo mismo me atizaba con un azadón.

- Hola, buenos días, señora.

- Hola. ¿Qué es lo que quieres?

- Ese día yo estaba allí –dije sin más preámbulos– en el pabellón viendo el partido. Te vi.

- ¡Ya! ¿Y...? Mira, vecina, fueron momentos muy desagradables. Yo quería a aquella chica como si fuera mi hija y todavía no he superado su pérdida, así que, si no te importa, no deseo hablar con nadie de este asunto.

- Ya, bien que lo lamento, pero es que yo estaba en la salita de los vestuarios privados en esos momentos, ¿sabes?

- ¿Pero qué dices tú? ¿Quién eres?

- Tu vecina y por casualidad os escuché toda la conversación...incluso oí los golpes.

- ¡No sé de qué estás hablando ni quiero saberlo, así que lárgate enseguida o te achucharé a mi dogo!

- Da lo mismo, sé que la mataste y que no había ninguna otra persona allí. Tú te inventaste lo del joven que huyó. Yo solo quería que lo supieses.

- ¿Pero tú qué hacías allí, imbécil? Prenderé fuego a tu casa si dices algo por ahí. ¡No lo dudes! ¡Lárgate!

Mientras decía esto, no me achuchó al perro pero lo que sí hizo fue agacharse para coger una especie de garrota de las que venden de recuerdo y que tienen un letrero que pone "*Mi argumento*" o algo así. Blandiendo su argumento y lanzándome insultos de todos los calibres, se abalanzó sobre mí y yo comencé a correr maldiciendo por no haber ido a la comisaría en lugar de ir a ver a mi vecina.

Me va a matar –pensé– mientras cruzaba la avenida principal sin apenas mirar si venía algún coche o no. En un momento, miré de soslayo justo para poder ver a un coche amarillo acercarse a toda velocidad. Al pasar comprobé que mi perseguidora tampoco tuvo tiempo de apreciarlo. Un precioso Maserati la dejó aplastada sobre el asfalto y casi acabo pasando a la historia como la anónima insensata.

Cuando salga de esta comisaría, juro que buscaré trabajo. "Se ofrece sicaria, no deja rastro. Económica".